

«En 1845,—dice,—S. A. R. el Duque de Aumale me regaló un excelente fusil; arma, para mí, después, sagrada, porque fué mi salvaguardia durante trescientas noches.

Anhelaba, tras dos victorias, probar el fusil matando otro felino. Llegó á mi noticia que un viejo y enorme león merodeaba por los alrededores del campo de Dreaan.

El día 27 de Febrero, á las cinco de la tarde, llegué al aduar de los Ouled-Bou-Azizi, situado á una media legua de la guarida de la fiera, que, según los ancianos, moraba en *Sebel-Krounega* hacia ya más de treinta años.

Supé también que todas las noches, al ponerse el Sol, la fiera rugía al abandonar su guarida, y que por las noches descendía á la llanura, rugiendo siempre.

Después de estas noticias, no me fué difícil dár con el león. Una noche, salí de mi albergue, habiendo antes preparado las armas. No tardé en oír el rumor lejano producido por los rugidos del león, que vagaba, sin duda, por las sinuosidades de la montaña.

El huésped ofreció acompañarme hasta el vado que el león debía forzosamente franquear para pasar de la montaña á la llanura, y acepté.

La noche era lóbrega

y sombría y no se divisaban los objetos siquiera á dos pasos.

Tras una marcha de cerca un cuarto de hora al través de la selva, llegamos á orillas de un riachuelo que discurre junto al *Sebel-Krounega*.

Mi guía, emocionado por los rugidos del león, cada vez más cercanos, me dijo balbuceando, y señalando con el brazo derecho extendido:

—El vado está allí.

Procuré sondear las tinieblas para reconocer la posición; todo lo que me rodeaba aparecía negro é informe, y apenas veía al árabe que tenía á mi lado.



Una expedición venatoria en el Aurés

Me acerqué al riachuelo, cuyas aguas murmuraban plañideramente al rozar con los guijarros. El vado era difícil.

Sentéme en una piedra, depositada, sin duda, por alguna avenida, cerca del riachuelo, pero á alguna distancia del vado.

Despedí á mi guía, que durante el reconocimiento del terreno no había cesado de exclamar:

—Regresemos al aduar. La noche es demasiado lóbrega, y podemos dejar para mañana, durante el día, el buscar al león.

No atreviéndose el árabe á regresar solo, se escondió entre un matorral de lentiscos, á unos cincuenta pasos de distancia del sitio en que me hallaba.

Le ordené imperiosamente que se estuviere quedo é inmóvil, ocurriera lo que ocurriese, y sentéme sobre el duro asiento de piedra.

Seguían oyéndose los rugidos del león, que se acercaba pausada y lentamente.

Cerré los ojos durante algunos instantes,

y al abrirlos pude, al fin, distinguir con alguna claridad que á mis pies se hallaba un *talus* vertical, obra, sin duda, de las avenidas del riachuelo que discurría algunos metros más abajo; y que á mi izquierda, y al extremo del cañón de mi fusil, se hallaba el vado. Pronto combiné el plan.

Si era posible que viera el león al pasar el agua, dispararía, pues el *talus* podría salvarme si lograba herir gravemente á la fiera.

Á las nueve, poco más ó menos, oí los rugidos del león á cien metros del riachuelo. Preparé el fusil, y con el codo apoyado en la rodilla, y la culata en la espalda, y fijos los ojos en el agua, que acostumbrado á las tinieblas distinguía ya mejor, me puse en guardia. Oyóse un suspiro prolongado y gutural semejante al estertor de un moribundo, que salía de la opuesta orilla y casi frente al sitio donde yo me hallaba en *aguardo*.

Al fijar la mirada hacia el sitio de donde partían semejantes gruñidos plañideros, vi fijos en mí dos ojos ardientes como carbones encendidos. Eran los de la fiera.

La fijeza de su mirada llenó mi ánimo de honda turbación. Un minuto antes temblaba de frío, y entonces sudaba á mares.

No es posible soñar con la victoria en una lucha, cuerpo á cuerpo y con arma blanca, con un león salvaje y adulto. El hombre, entre las garras de la fiera, semeja á un ratoncillo entre las uñas de un gato.

Abrigo la firme y arraigada convicción de que el puñal no es un arma salvadora. Así es que, ante el peligro que arreciaba, hice la siguiente reflexión: en el caso de que una ó dos balas no maten al león (cosa por cierto muy posible), si al saltar sobre mí resisto el choque, entonces procuraré hacerle tragar el fusil hasta la culata; y si sus garras no me han destrozado, haré un supremo esfuerzo para introducir mi puñal en



el corazón de la fiera; pero si caigo al choque del ataque (lo que también es muy probable) procuraré que el golpe sea certero; y, al día siguiente, ó se hallarán dos cadáveres entrelazados, ó bien el mío no habrá abandonado el campo de batalla y el del león no estará lejos.

Mientras que estas reflexiones cruzaban rápidas por mi mente, había yo clavado el puñal en el suelo, al alcance de la mano, y el león sondeaba con la mirada á su alrededor.

En tan angustioso trance, después de haberme despedido mentalmente de los seres idolatrados, con ánimo ya esforzado, me preparé para la lucha. Oí sonar el rumor producido por los pasos del león en el riachuelo, cuyas aguas corrían rápidamente entre un lecho de rocas y guijarros; después... después, nada. ¿Se había parado? Hé aquí lo que me preguntaba ansiosamente, procurando atravesar con la mirada el denso velo negro que encubría la naturaleza, cuando me pareció oír cerca, muy cerca, á mi izquierda, el ruido de los pasos de la fiera, á orillas del riachuelo.

El león había, en efecto, salido del agua, y subía dulce y pausadamente una rampa, cuando, al oír el rumor producido por uno de mis movimientos, se detuvo.

Se hallaba la fiera á unos cuatro ó cinco pasos, distancia que podía salvar fácilmente dando un salto.

Difícil empresa era apuntar bien, cuando apenas divisaba el cañón del fusil. Tiré, pues, un poco al tiento y azar, alta la cabeza y con los ojos abiertos, y al resplandor del disparo vi una masa enorme, sin forma alguna, que lanzó un rugido espantoso. Era el león, que se hallaba fuera de combate.

Al primer grito de dolor sucedieron una serie de gemidos sordos y amenazadores. Oíase el ruido de los estremecimientos de dolor de la fiera, y adivinábanse sus movimientos convulsivos al revolcarse por el lodo á orillas del riachuelo. Finalmente, cesaron toda suerte de rumores.

Muerto ya, á mi juicio, el león, regresé al aduar; pero, como puede suponerse, durante toda la noche no cerré los ojos.

Apenas se tiñó el día en los primeros colores del alba, enderezamos de nuevo los pasos hacia el vado.

No se hallaba ya allí el león. Un hueso, tamaño como un dedo, que hallarnos entre la sangre que en abundancia había allí derramado el animal, daba claros indicios de que mi bala había roto la espaldilla de la fiera.

En balde seguimos las huellas de sangre. Éstas se

perdían en el agua del riachuelo, que el león había recorrido, sin duda, desde durante largo trecho.

Varios árabes vinieron al día siguiente á mi aduar para proponerme buscarle en mi compañía.

Éramos unos sesenta, unos á pie, otros á caballo. Después de trascurridas algunas horas en inútiles pesquisas, me disponía á abandonar la partida y regresar á mi albergue, cuando oí varios disparos y que los ecos repercutían también varios hurras. No había duda; mi león había sido hallado.

Partí al galope, y pronto me persuadí de que mis esperanzas esta vez se trocarían en realidades.

Los árabes huían en todas direcciones, gritando como energúmenos.

Algunos vadearon precipitadamente el riachuelo; otros, más atrevidos, sin duda porque iban montados, habiendo visto el león que se arrastraba penosamente en dirección á la montaña, se dirigían por grupos á rematar á la fiera.

Acababa de vadear el riachuelo, y me disponía á apearme, cuando ví á los jinetes árabes, con el *cheik* á la cabeza, volver grupas.

El león, con sólo tres piernas útiles, saltaba, mejor que los mismos árabes, los riscos y matorrales de lentiscos, y lanzaba terribles rugidos que causaron gran pavor y espanto á los caballos, que se alborotaban, y á despecho de los jinetes tomaron el gran galope.

El león, entretanto, se había parado en una pequeña plazoleta, en actitud hostil y amenazadora.

¡Qué hermoso estaba con su gola abierta, lanzando furiosas miradas, preñadas de amenazas de muerte!

¡Qué bello aparecía el felino con su crin negra erizada, y su cola azotando con cólera sus flancos!

Distaba de la fiera unos trescientos pasos. Salté del caballo, y eché las riendas entre los brazos de un árabe.

Mis compañeros hicieron todo lo posible para disuadirme, pero en balde; y viendo que insistía en atacar al león, fueron, uno tras otro, desfilando; de suerte que en breve me hallé solo con un árabe. Era mi guía de la vispera.

—Te he albergado en mi tienda,—dijo,—y respondo de ti ante Dios y ante los hombres; y, ya que te empeñas en proseguir la batida, moriré á tu lado.

El león había abandonado el claro ó plazoleta del bosque para internarse en la espesura.

Adelanté con precaución, rastreando las huellas; pero el terreno estaba sembrado de piedras, y el animal no dejaba ya manchas de sangre.

Acababa de registrar, uno á uno, los árboles de aque-

lla parte del bosque, cuando mi guía, que me seguía á algunos pasos, me dijo:

—La muerte te respeta. Has pasado casi rozando con el león; y si tus miradas hubiesen chocado con las de la fiera de seguro habrías muerto antes de tener tiempo de hacer fuego.

Mandé al árabe que arrojase piedras hacia el punto en que suponía debía estar recogido el león. Á la primera abrióse un tupido matorral de verdes lentiscos, y apareció el felino; miró á todos lados, y dió un prodigioso salto hacia mí.

Se hallaba á unos diez pasos, alta la cola, las crines sobre los ojos, el cuello tendido. Tenía la pierna rota, dirigida hacia atrás, y su actitud recordaba la del perro de muestra.

Así que apareció la fiera, agazapéme, ocultando tras de mí al árabe, que no cesaba de importunarme con sus gritos de «¡fuego! ¡fuego!»

Apenas apoyé el fusil á la espalda, el león se fué acercando. Hice fuego, y la bala se alojó en el ojo derecho; la fiera cayó herida.

El árabe daba ya gracias á Dios, cuando el león se incorporó, furioso, y levantó sus patas delanteras, á guisa de caballo encabritado.

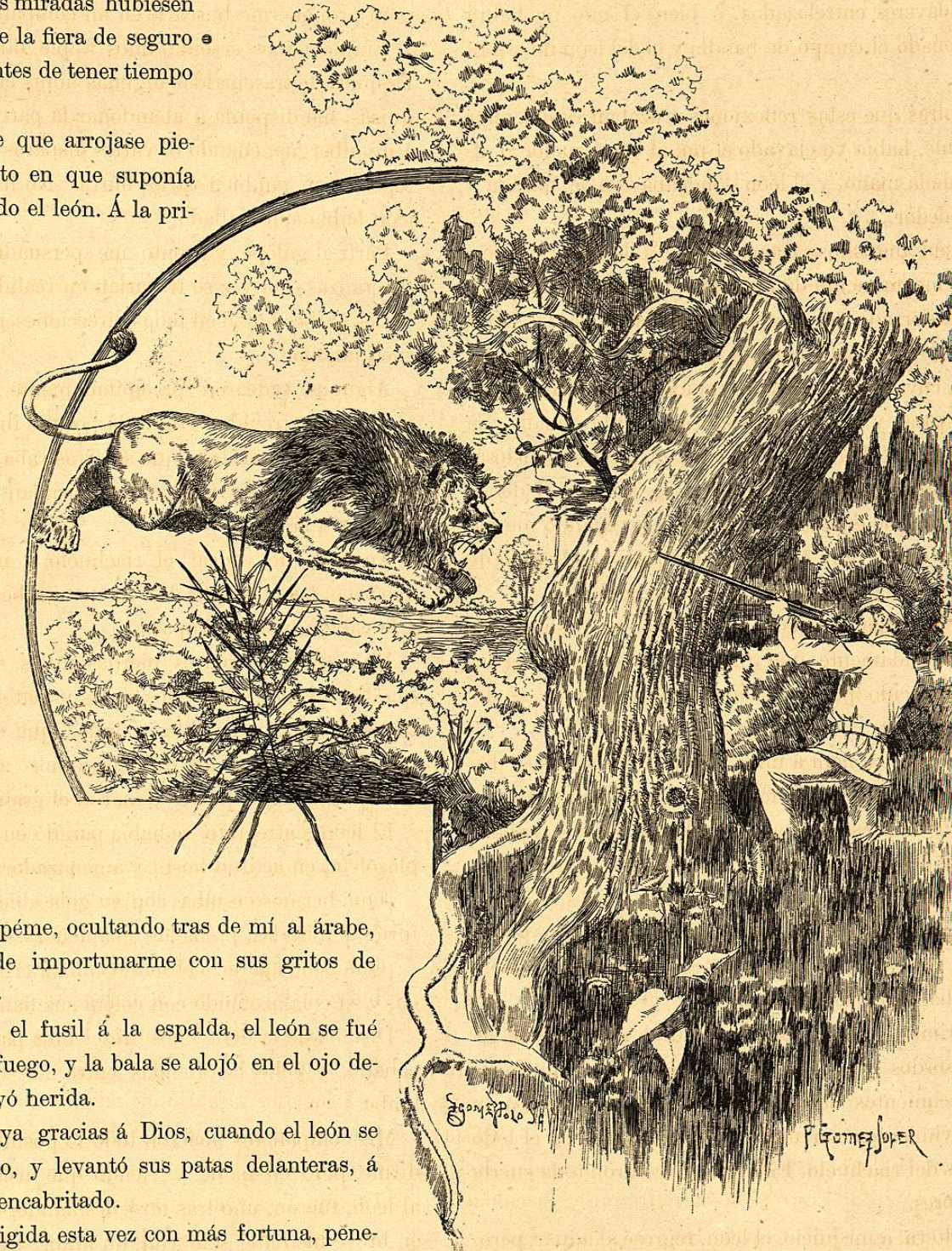
Otra bala, dirigida esta vez con más fortuna, penetró en el corazón de la fiera, que cayó muerta.

Al hacer en Bona la autopsia de aquel león, vi que la segunda bala había tocado el hueso frontal, sin romperlo. Sencillamente; se había aplastado sobre el hueso, ancho como la palma de la mano.»

También son curiosos los siguientes detalles de Chas-saing acerca de los disparos hechos á los leones con bala explosiva.

«Avanzaba la estación de verano, y me hallaba dis-

puesto ya á entrar en la forzada inacción á que obliga el clima, cuando, en 24 de Junio de 1861, los árabes de Chemora acudieron á mí en demanda de socorro.



Un león muerto por Campwell

Los leones habían bajado en gran número de las montañas, y habían establecido sus guaridas en bosques de tamarindos, de donde salían casi todas las noches para robar y destrozarse el ganado de los aduare.

Partí inmediatamente de Batna, sufriendo por el camino un calor de 46° y un viento siroco asfixiante.

Seguí la vertiente norte del Bou-Arif, bordeada por